

LA REFORMA UNIVERSITARIA Y EL MAGISTERIO INTELECTUAL DE SAÚL TABORDA

Roberto A. Ferrero

La Reforma Universitaria y Latinoamérica

La Reforma Universitaria, el gran movimiento de renovación espiritual y pedagógica protagonizado por los estudiantes de Córdoba, se expandió no solo por las cinco casas de estudios del país, sino por toda América Latina en su extensión.

La Reforma fue, como señaló Víctor Raúl Haya de la Torre, “la revolución latinoamericana por la autonomía espiritual”. Ya en su Manifiesto Liminar de 1918 se dirigía a “los hombres libres de Sudamérica” y sentenciaba: “Creemos no equivocarnos, las resonancias del corazón nos lo advierten: estamos pisando sobre la revolución, estamos viviendo una hora americana”. Dos días más tarde –el 23 de junio– en su célebre Orden del Día, la Federación Universitaria de Córdoba (FUC) explica:

Las nuevas generaciones de Córdoba, reunidas en plebiscito por invitación de la Federación Universitaria, considerando que el nuevo ciclo de civilización que se inicia, cuya sede radicará en América porque así lo

determinan factores históricos innegables, exige un cambio total de los valores humanos y una orientación de las fuerzas espirituales...

Dieciocho años después, Deodoro Roca, uno de sus principales inspiradores, dirá expresamente que la Reforma Universitaria había sido “el movimiento de juventud más rico y generativo de América Latina, desde su emancipación política. Entronca con ella”. Y es por entender también así el sentido latinoamericano de la Reforma Universitaria que el gobierno mexicano al saber en 1923 del fallecimiento de Héctor Raúl Ripa Alberdi, uno de los brillantes conductores del movimiento estudiantil de La Plata, organizó un homenaje público en su memoria.

Superando los límites de Córdoba y del país, el movimiento había prendido intensamente en las juventudes de Latinoamérica: el líder estudiantil peruano Haya de la Torre organiza en Perú –adonde había sido llevado dicho movimiento por Alfredo Palacios– un partido fundado en los ideales de La Reforma: el APRA (Alianza Popular Revolucionaria Americana); en Chile se expande desde 1919 y tiene su primer mártir en el estudiante y poeta Domingo Gómez Rojas; México le brinda cordial acogida para la celebración del Primer Congreso Internacional de La Reforma en 1921; José Antonio Mella la lidera en Cuba desde 1923 en su lucha contra la dictadura de Gerardo Machado; Colombia le da una figura como Germán Arciniegas, autor de “El estudiante de la Mesa Redonda”; Uruguay da origen a la Federación de Estudiantes Universitarios del Uruguay (FEUU). Dará incluso más de un presidente –unos buenos, otros malos– tales como Rómulo Betancourt en Venezuela, J. Natalicio González en el Paraguay, Juan José Arévalo en Guatemala, Arturo Frondizi en la Argentina.

A todas las dispersas repúblicas de la gran nación inconclusa, llevó la Reforma su programa de renovación universitaria y modernización pedagógica. Y en todas fue escuchado su mensaje y sus planteos, porque en todas las latitudes las oligarquías lugareñas mantenían a las universidades en el mayor atraso cultural, cerradas a los vientos del mundo, a la ciencia y al espíritu nuevo. En todos los países el desarrollo económico y social, lento pero real, había creado nuevos estratos –burguesía, proletariado, clase media– que ansiaban y necesitaban el acceso a una cultura universitaria moderna tanto como el poder político. Y no se trataba solo de una cuestión de prestigio social como pudiera pensarse, sino de un objetivo de carácter instrumental que sirviera eficazmente a la persecución de su autodesarrollo.

Pero la Reforma Universitaria no tenía solamente un programa para la renovación integral de las casas de estudios: tenía también –o principalmente– un designio y un entusiasmo latinoamericano y nacional que informaría a toda la primera década de su existencia. Herida por la balcanización de América Latina y conmovida por la nueva aurora de la Revolución rusa, el despertar de los pueblos, la guerra mundial y la caída de los viejos imperios multinacionales, la juventud universitaria de Córdoba y del continente todo, buscaba confusamente en el latinoamericanismo y en su aproximación a los ideales del socialismo romántico y democrático un camino propio y una ideología que expresara sus aspiraciones. Esa honda intuición latinoamericana de la Reforma, así como la rápida y entusiasta adhesión que alcanzó en los medios estudiantiles e intelectuales de todos los países del sur del Río Grande, obedecía contradictoriamente a la ausencia de bases materiales para que las clases medias y burguesas realizaran la unidad democrática de la antigua heredad ibérica: políticamente reducida a la impotencia, su generación más joven

trató de realizar en el “reino del espíritu” –como decía Manuel Ugarte– los proyectos revolucionarios de los Libertadores que les eran vedados por la inmadurez de la situación histórica.

Con el exilio, el asesinato y la muerte oscura de los grandes paladines de la Emancipación –San Martín, Sucre, Bolívar–, la idea de unidad latinoamericana se había ido borrando de la faz del continente, salvo por los esporádicos momentos de pánico causados por los ataques de las tropas francesas en México o las incursiones navales de las potencias europeas en las costas del Pacífico. En el filo del deslinde de los siglos XIX y XX, la revivieron Martí, Vasconcelos, Ugarte, José Enrique Rodó, Ingenieros. De ellos la tomó la generación del 18. Todavía en el Manifiesto del 1º de julio de 1928, durante la gran huelga del 10º Aniversario, la FUC diría:

Las circunstancias de Latinoamérica han querido que sea en sus Universidades donde se elaboren las modalidades de su futuro, y que la Nueva generación sea su intérprete y arquitecto. Estamos dispuestos a nuestra misión... para proseguir con sacrificio la Reforma, cada vez más orgánica: la pura y tensa voluntad dirigida hacia los compañeros de Latinoamérica, hasta su completa realización.

El Manifiesto había sido redactado por Saúl Alejandro Taborda.

Quién era Saúl A. Taborda

Este gran pensador cordobés nació el 9 de noviembre de 1885, en la estancia “Chañar Ladeado”, que sus padres poseían en la pedanía San Francisco, departamento San Justo, en el límite con el criollísimo departamento Río Segundo.

Provenía de una antigua estirpe afincada en la provincia desde antes de la creación del Virreinato. Estos orígenes y el hecho de haber pasado los años de la infancia –decisivos en su formación personal– en ese medio determinaron su absorción espiritual de la cultura hispano criolla de la Patria vieja, que en aquellas campañas resistía aún a los influjos crecientes de la inmigración extranjera que ya tomaba vuelo en la zona. Taborda, como es natural, se enorgullecería siempre de estas raíces: “Yo soy un hombre –diría– que llevo un espacio espiritual que es el espacio espiritual del linaje al que pertenezco”.

Se educó en Chañaritos con un viejo criollo de luces: don Benedicto Ríos, y luego en la escuela primaria de Santiago Temple. Prosiguió con los estudios secundarios en Córdoba, Buenos Aires y Rosario y cursó la carrera de abogacía en la Universidad de La Plata hasta 1910. En ese año del Centenario vuelve a Córdoba, donde comienza a ejercer su profesión en el estudio del Dr. Juan Cornejo, de cuyo hijo –el futuro poeta y ensayista de la Izquierda Nacional José Ignacio Cornejo– fue padrino de bautismo. Se doctoró en 1913 en Santa Fe.

Participó como joven profesional, junto a otros, de las jornadas y el pensamiento de la Reforma Universitaria del '18 y en virtud de ello fue designado profesor de Sociología en la reformada Universidad del Litoral y Director del renovado Colegio Nacional de la ciudad donde había cursado Derecho. “Dos años más tarde –nos informa en unas líneas autobiográficas– me trasladé a Marburgo (Alemania) en cuya Universidad estudié filosofía. De Marburgo pasé a la Universidad de Zurich (Suiza) y de Zurich pasé a la Facultad de Filosofía de la Universidad de París”. Vuelto a nuestra ciudad, en 1927 reabrió su bufete y se trasladó a vivir a Unquillo, a la vera del tranquilo arroyo que atraviesa la población.

Armado de un gran bagaje cultural, allí se dedicó a reflexionar sobre las cosas de la Patria. Produjo lo más importante

de su obra cultural y pedagógica y difundió sus ideas a través de innumerables conferencias, de la prensa de Córdoba y Capital Federal, y de la revista “Facundo” que él mismo fundó en 1935. Para entonces —específicamente en 1932— ya había organizado con otros destacados intelectuales el FANOE (“Frente de Afirmación del Nuevo Orden Espiritual”). Desde 1941 dirige el “Instituto Pedagógico” anexo a la Escuela Normal Superior de Córdoba, donde pone en práctica sus ideas pedagógicas, solidario con los planes de renovación educativa que bajo el gobierno sabattinista de Santiago H. del Castillo propone el Dr. Antonio Sobral, también un viejo reformista del 18. Alcanzó a ver los primeros resultados nefastos de la orientación cultural implementada por el Golpe del 4 de Junio de 1943 que destruiría su gran obra, pero no pudo formarse una visión global del fenómeno históricamente progresivo del peronismo (como sí lo haría Manuel Ugarte) porque falleció el 2 de junio del año siguiente. Fue enterrado en el cementerio viejo de Unquillo, en donde una lacónica leyenda en su tumba da cuenta de la razón de su existencia: “Saúl Alejandro Taborda. Vivió y pensó para su tierra”.

Caminos cruzados: Roca y Taborda

Saúl Taborda fue uno de los dos grandes ideólogos de la Reforma Universitaria. El otro fue Deodoro Roca. Sin embargo, pese a su contemporaneidad, difícilmente podría afirmarse de ellos que las suyas fueran, al modo plutarquiano, dos vidas paralelas. Más correcto sería decir que sus rutas intelectuales fueron caminos cruzados. Dicho de modo harto esquemático pero no por eso menos verdadero, Deodoro comenzó como pensador nacional y terminó adhiriendo a la izquierda liberal, mientras que Taborda, que se inició exponiendo una

concepción liberal cuasianarquista y rivadaviana, viró a partir de 1930 hacia posiciones netamente nacionales. La crisis de 1929/30 ejerció efectos contrapuestos sobre ambos amigos y compañeros, impulsándolos hacia los extremos opuestos de las posiciones que hasta entonces habían sostenido.

Deodoro Roca que, al igual que Taborde, provenía de una antigua familia criolla y federal de Córdoba, parte de la élite de la ciudad, expresó lo más medular de las ideas de su primera etapa en su extraordinario discurso de clausura de I Congreso Nacional de Estudiantes de 1918. Allí dijo Deodoro:

Pertenece a esta misma generación que podríamos llamar *la de 1914* y cuya pavorosa responsabilidad alumbró el incendio de Europa. La anterior se adocrinó en el ansia poco escrupulosa de la riqueza, en la codicia miope, en la superficialidad cargada de hombros, en la vulgaridad plebeya, en el desdén por la obra desinteresada, en las direcciones del agropecuarismo cerrado o de la burocracia apacible y mediocrizante. Fugábase la espiritualidad: hasta el viejo *sprit* de los criollos –gala de la fuerza nativa, resplandor de los campamentos lejanos en donde se afianzó nuestra nacionalidad– iba diluyéndose en esta grisácea uniformidad de la conducta, y enredándose en las oscuras prácticas de Calibán. El libro recién llegado –cualquiera que fuese su procedencia y su calidad– traía la fórmula del universo y la única luz que nuestros ojos podían recoger. Asumía el carácter de un símbolo: el barco no llegaba y entonces el rumor de la tierra perdía sentido y hasta el árbol familiar callaba su voz inefable. No importaba que unos pocos espíritus de escritores salieran cantando de la selva con el hacha al hombro. En los ojos traían copiadas las líneas esbeltas y ágiles de la montaña nativa, el corazón venía hecho paisaje de campo.

Eran como islotes de la raza en donde se hubieran recogido todas sus fuerzas vivas. Llegó con ellos la fe en los destinos de la nacionalidad. Y, precisamente, irrumpieron en las ciudades cuando la turba cosmopolita era más clamorosa, y nuestros valores puramente bursátiles. Entraron a codazos. De escándalo en escándalo, de pugilato en pugilato, llamaron sobre sí la atención. Y en todos los campos se inició la reacción. La primera y la más gloriosa y enteramente solidaria con las demás, fue la cruzada literaria [...] Entonces se alzaron altas las voces. Recuerdo la de Rojas: lamentación formidable, grave reclamo para dar contenido americano y para infundirle carácter, espíritu, fuerza interior y propia al alma nacional: para darnos conciencia orgánica de pueblo.

Quedaban así expuestas las raíces nacionales y latinoamericanas del gran movimiento del 18 a través del principal de sus voceros. Pero este ya para 1930 ha abandonado de hecho estas ideas: se pronuncia contra el movimiento nacional yrigoyenista, prologa y epiloga el mediocre librito liberaloide del Dr. Carlos Sánchez Viamonte, *El Último Caudillo*, justifica la contrarrevolución uriburista de septiembre, se afilia al Partido Socialista juanbejustista –al que renuncia enseguida pero no por diferencias respecto a la cuestión nacional, como Ugarte o Palacios, sino por motivos de orden secundario–, y se acerca luego a los comunistas. A partir de 1935 propugna el “Frente Popular” con participación de stalinistas, alvearistas, antipersonalistas oligárquicos de Entre Ríos, socialistas y otros del mismo jaez, y calificará de “nazi” a Amadeo Sabattini (¡el mismo que permitía la libre actuación del Partido Comunista en la provincia!). En 1940 ya ha aceptado la vigencia del falso dilema “Democracia o Fascismo”, y la clara distinción entre la América de los “apetitos insaciables” y la América nuestra,

la “América Niña”, “hispana”, que había sostenido antes, es abandonada a favor de otra categoría que nos cobijará a todos: “las Américas”, esencia del panamericanismo proyanqui. En 1941 se referirá elogiosamente a “las alas británicas, único soporte entonces de las esperanzas del mundo”. El Cielo puede esperar. Latinoamérica también.

No podrá decirse sin injusticia que las viejas ideas nacionales habían muerto completamente en Deodoro, como lo revelan ciertas expresiones de la misma época como las arriba expuestas¹, pero sí que ocupaban un lugar totalmente secundario en relación a la hegemonía que en su pensamiento imponían las nuevas concepciones propias del izquierdismo liberal.

En cambio, Taborda parte del extremo opuesto al de las ideas del primer Deodoro, del “joven Roca”, para usar una frase trillada. En el libro que en 1918, repartió entre los estudiantes asistentes al 1° Congreso Nacional de FUA, “Reflexiones sobre el ideal político de América”, con confianza típicamente liberal y racionalista, donde afirma que la democracia social que propugna “será efectiva a medida que el pueblo se capacite para pensar y expresar su pensamiento por los resortes del

1 Por ejemplo: en 1936, cuando sus intereses intelectuales se habían vuelto más cosmopolitas y aparentaban cierta ajenidad a la tradición nacional del país, un repentino encuentro con la “Pampa gringa” del litoral, le despierta, por contraste, la nostalgia por el viejo país criollo que su stirpe había ayudado a construir: “Pampa ilimitada, infinita, triste –escribe entonces–. Otro tiempo: cordialidad, guitarra, cuchillo y aventura. ¡Gauchos! Hoy, poblada de gringos, de polacos y de sirios. El gaucho ha muerto. Súbita transformación de la Argentina. Mucha prosperidad, mucho campo sembrado. Mucha riqueza. Sin embargo, el criollo pobre”. Y termina reivindicando “las virtudes desaparecidas” de que hablaba veinte años atrás: “La Argentina está en las provincias, en el resto de candor, de hospitalidad y de lirismo que aún no ha podido sucumbir”.

gobierno”; explica, dentro de los más ortodoxos cánones del liberalismo, el resorte íntimo de la historia argentina como la lucha entre la civilización y la barbarie (“feudal” un sistema; “revolucionario” el otro, el “de la ciudad”, dice); alaba el “chispazo genial” de Rivadavia y su Ley de Enfiteusis; ve en Rosas solo un producto del latifundio, y –finalmente– desprecia al movimiento Yrigoyenista por ser “una oligarquía de tendencia plebocrática”. Como se ve, aquel Taborda arranca en sus reflexiones como un liberal “avant la lettre”.

Pero la crisis epocal con que se inicia lo que el publicista José Luis Torres llamará la “Década Infame” dará lugar a un vuelco copernicano en las concepciones tabordianas. Casi en soledad total, durante estos diez años Taborda vuelve sobre sus pasos y construye una nueva filosofía, una nueva concepción de la cultura y de la pedagogía: la cultura “facúndica”, el “Federalismo comunalista” y la “Pedagogía del genio nativo”, como les llamará. Mantiene relaciones con Arturo Jauretche, con la gente de FORJA, con lo mejor del sabattinismo anti-imperialista, y patrocina dos conferencias del gran luchador paraguayo, jefe del “Guión Rojo” y ardiente nacionalista: Juan Natalicio González.

El comunalismo, la cultura facúndica y la pedagogía del genio nativo

Las tres principales concepciones tabordianas, como dijimos, fueron las del comunalismo federalista, la cultura facúndica y la pedagogía del genio nativo. Pero no se trataba, como pudiera pensarse, de tres categorías estancas, sino de ideas interdependientes que se explicaban mutuamente en su movimiento.

Así, la primera de ellas no era solamente una propuesta organizativa basada en una amplia autonomía de las comunas

y municipios del país, articulados en forma federativa y piramidal; no era una construcción de gabinete elaborada por Tabora en su retiro de Unquillo, sino una concepción de la forma de ser de la nación enraizada en nuestro pasado colonial y prolongada durante la época independiente hasta los años de la penetración imperialista que, sin embargo, la anegó sin suprimirla: el comunalismo federalista sigue allí, creía Tabora, esperando surgir nuevamente a la superficie. Sus orígenes, explicaba, se remontaban al individualismo heroico y las comunas de Castilla y se había conformado en las duras condiciones naturales de la península y de la larga lucha de la Reconquista antiislámica. Transferida a nuestro suelo por los conquistadores, arraigó en las parecidas condiciones de distancia, soledad y pobreza de las campañas, conformando la estirpe criolla que durante décadas se batirá esforzadamente contra el despotismo monárquico, el centralismo oligárquico y la penetración imperialista.

Pero este individualismo hispánico –“que es también nuestro individualismo”, aclara el escritor– no tiene nada que ver con el individualismo abstracto, robinsoniano, propio de la competencia omnipresente en la estructura del capitalismo competitivo y egoísta. Esta característica de la vida comunitaria, junto con la “voluntad histórica de un pueblo decidido y resuelto a cumplir su destino”, constituyen para él las notas sobresalientes de nuestra tradición nacional. Y esta tradición alimenta una cultura propia, la cultura “facúndica”, que no es sino una enérgica reivindicación de la idiosincrasia argentina y la cultura nacional y popular. Su nombre lo derivaba Tabora de Facundo Quiroga, no por realizar una reivindicación histórica específica del caudillo riojano (que no lo hace), sino por ser este un símbolo, un prototipo, “la expresión más alta y egregia” de la sustancia viva y eterna de la Patria que se encarnaba en las comunas hispano criollas del interior mediterráneo.

Esta cultura nacional, tal como la concibe Taborda, no tiene nada de xenófoba: él concibe la posibilidad de la “injerencia” de una cultura exterior a la nuestra –europea, sobre todo–, pero esa incorporación solo se legitima si se hace pasando a través del filtro de la tradición, porque “donde ésta es negada y declarada en falencia, el trabajo del espíritu se detiene y se oblitera en virtud de la ausencia de la memoria que es de su esencia”.

A su vez, esa cultura aún viva y operante, la cultura de las antiguas comunas hispano criollas, debía ser el marco y la sustancia de la nueva pedagogía que propugnaba Saúl Taborda: precisamente la pedagogía “facúndica” o “del genio nativo”, como también la denominaba. Ella se encuentra desarrollada en dos valiosos ensayos: “Sarmiento y el ideal pedagógico”, de 1938, y “La política escolar y la vocación facúndica”, de 1941. Para fundarla, él comienza por combatir a la pedagogía sarmientina establecida, burguesa y utilitaria, deducida de la ley francesa de educación de 1883 y de “las directivas filosóficas spencerianas”, que no buscaba desarrollar los valores humanos del educando, sino producir al “ciudadano” y “hombre idóneo” que necesitaba el naciente capitalismo, crudamente utilitario. Combatiendo el mito del valor absoluto de la escuela, Taborda realiza una original lectura de *Recuerdos de Provincia* del propio Sarmiento y demuestra que “la relación binaria del acto educativo” se realizó en San Juan del modo que era común a todas las poblaciones de la civilización argentina mediterránea: “en la escuela, en el hogar, en la iglesia y en la plaza”. Todas estas instituciones –y no solo la primera– eran factores de educación y formación humana (la “*bildung*” de sus maestros alemanes). Ese acto binario (educador/educando) que es la educación está orientado, señala Taborda, por el “Ideal pedagógico”, que es “la imagen de lo que debe ser”, pero que no es una creación arbitraria y externa al hombre, sino un producto social de las colectividades modeladoras.

Y esa colectividad modeladora del ideal pedagógico no es otra que la Nación. De ahí el carácter nacional de toda pedagogía que merezca el nombre de tal y no sea una mera falsificación o una copia simiesca de otros sistemas educativos importados, montados sobre el ahogamiento de la sustancia viva del “genio nativo”.

Un pensador marginado, no marginal

Este hombre, desaparecido en lo mejor de su existencia, fue además de un eximio pedagogo, un gran pensador político nacional. Fue en vida vastamente conocido en los ambientes intelectuales y universitarios, pero sus ideas –originales y heterodoxas– no consiguieron la misma aceptación que su figura o sus enseñanzas de orden científico-pedagógico. Sus libros y artículos no fueron reeditados en los años de la Década Infame y menos durante la del peronismo, supeditado como estaba este a una cultura de impronta autoritaria y clerical. Recién con el deshielo que sigue al triunfo del golpe de Estado de 1955, autodenominado Revolución Libertadora, comienza a despuntar el interés por sus ideas, tanto tiempo soterradas.

No obstante ello, Taborda no ha dejado de ser nunca un pensador marginado. Y decimos marginado y no “marginal” –como lo ha categorizado erróneamente José Aricó– para marcar la verdadera naturaleza del ostracismo de Taborda. Es erróneo afirmar, como se ha dicho, que su marginalidad deriva de “su explícito y constante propósito de ubicarse como un pensador de frontera”. Este nunca fue el propósito de Taborda, que intervino de todas las formas posibles en el proceso cultural de su época y trató de influirlo: publicó libros y revistas a su costa; dictó conferencias en las principales ciudades del país y en muchas de la provincia; fue orador de barricada,

de cátedra y de concejos académicos; escribió y presentó proyectos de reformas políticas docentes; programó una universidad; dirigió un Instituto Pedagógico; colaboró con revistas y periódicos de Córdoba y de Buenos Aires; actuó como hombre de consulta del estudiantado reformista, suscribió manifiestos y comunicados; concedió entrevistas y contestó cuestionarios. Si hubo un pensador automarginado en este país ese fue Macedonio Fernández, pero no Saúl Alejandro Taborada. Su exclusión no se debió en última instancia a factores de orden personal, sino a la confluencia de fenómenos sociales y políticos de gran envergadura. Gravitaron sobre Taborada y la Generación antipositivista que inició con él la crítica a la alienación cultural, las grandes fuerzas político-ideológicas que dominaron la escena nacional e internacional durante los años posteriores al gobierno de Alvear; el democratismo liberal-oligárquico sostenido por los imperialismos francés y anglosajón; el fascismo europeo de las naciones llegadas tarde al reparto colonial (Italia, Alemania e incluso la España de Primo de Rivera); y el stalinismo internacional que monopolizaba ante los ojos de la juventud idealista, la clase obrera y la *intelligentzia* de izquierda, los prestigios de la Revolución Soviética. Privados del subterráneo sostén de un gran movimiento antiimperialista radical, de una gran empresa nacional que galvanizara la voluntad del país, los ensayistas, escritores y filósofos del antipositivismo no pudieron resistir y se doblegaron en una u otra dirección. Habían surgido a la par de la gran epopeya de las clases medias argentinas, el yrigoyenismo, pero esas clases, una vez conseguida la mayor parte de sus reivindicaciones económicas y sociales abandonaron su beligerancia y se dispusieron a gozar de la recién conquistada participación en el disfrute de los bienes materiales y culturales de la semicolonía próspera. La Generación antipositivista (como también la “Generación de la Reforma”) abandonó

entonces sus propósitos de profundizar y clarificar los puntos de vista nacionales que había esbozado en la etapa anterior y se adaptó también al régimen establecido. Hizo pasar a un lugar secundario las diferencias mantenidas y conformó el nuevo elenco que en los medios académicos, en el libro, en la prensa ilustrada y en los círculos culturales –sin olvidar el magisterio– reemplazó a los antiguos apóstoles de Spencer y Comte. Los que, como Taborda, no se entregaron a las solitaciones de la época, permanecieron en terrible soledad y aún están siendo redescubiertos. ¿Quién se acuerda de Omar Vignole, por ejemplo?

La búsqueda de un pensamiento nacional propio

Saúl Alejandro Taborda era un pensador nacional, pero no en el sentido de un mero existir espacial entre nuestras fronteras, porque en este concepto todos quienes han meditado y/o publicado en el país son “nacionales”. Taborda no era “nacional” como sinónimo de “argentino” y opuesto a “extranjero”, sino como opuesto y distinto a lo “antinacional”.

No siempre lo había sido como lo sería en su mejor etapa, a posteriori de 1930. Antes, en los años que van de la Gran Guerra a la crisis mundial, su posición puede ser caracterizada de un modo genérico como la de un liberalismo radical y extremo, con matices socializantes y aun libertarios que revelan la persistencia del influjo de sus lecturas juveniles de Kropotkin, Stirner, Tolstoi y sobre todo Nietzsche, que influyó también en Deodoro Roca como pensamiento negador e irreverente. Las ideas de Taborda poseían entonces las cinco características específicas de semejante orientación, según se daban entre nosotros: anticlericalismo, antiestatismo, antihispanismo,

confianza en las virtudes palingenésicas de la ilustración, y una visión mitro-sarmientina de la evolución argentina.

Estos puntos de vista cambiarían fundamentalmente bajo el embate de la crisis, de las críticas que le formulara Alejandro Korn en su “Epístola Antipedagógica” y de las objeciones que al régimen demoliberal-parlamentario formulaban contemporáneamente José Ingenieros, Coriolano Alberini, Leopoldo Lugones o Ramón Doll. Ya en su célebre conferencia de 1933 en la Universidad de Santa Fe se advierte el cambio de rumbo en un sentido nacional, que se acentuará en las sucesivas entregas de su revista “Facundo”, en sus escritos y conferencias de la segunda mitad de los años 30, y en la reelaboración de sus “Investigaciones Pedagógicas”.

Así, el hombre de Unquillo se convierte en un intelectual orgánico del campo nacional en gestación, que se prefigura en el campo cultural y se refracta a través de él en virtud de dos meditaciones, esencialmente. Una, que con cierta laxitud podría denominarse metodológica, y otra, relacionada con la cuestión siempre vigente de la identidad nacional y la reestructuración social, meditaciones estas que en realidad no son más que una en la medida en que ellas configuran dos abordajes, desde distintos lugares, de una misma preocupación. Ambas meditaciones, por lo demás, recorren como un hilo rojo todos los temas que Taborda trata por aquellos años. Están sobreentendidas, presentes y vitales en todo lo que escribe sobre historia argentina, sobre la educación, el derecho, la cuestión agraria, la utopía de una sociedad comunalista y descentralizada, la cultura, la literatura o la Reforma Universitaria.

La primera de sus reflexiones no era metodológica en un sentido procedimental, como una búsqueda de un instrumento diferente para la ciencia social, sino en el sentido en que Federico Engels usaba el concepto de método en el “Antidühring” o en el “Ludwig Feuerbach y el fin de la

filosofía clásica alemana”, vale decir, como una cosmovisión o, al menos, como un canon general de la interpretación, como un criterio que hiciera posible la inteligibilidad auténtica de nuestra realidad. Una tentativa de entender los problemas argentinos y latinoamericanos desde una perspectiva propia y veraz. Ella no desdeñaba –al contrario, aconsejaba– el uso de las herramientas propias del racionalismo que nos brindaba la cultura europea, pero las sometía a revisión, las aceptaba críticamente, adaptando y adoptando los elementos que eran valiosos al espíritu nacional y útiles al bienestar de la Nación y su pueblo. De allí que Taborda censurara ácida y asiduamente la adopción simiesca, acrítica, de la cultura ultramarina. Taborda sabe que nuestra cultura “es cultura europea en todo cuanto guarda fidelidad a las grandes líneas del pensamiento de Occidente”, pero exige que su recepción sea hecha a través del filtro de la tradición viva que nos es propia.

“El espíritu, que es tradición y revolución –escribe Taborda– es también comunicación, pues los productos que crea su actividad no están condicionados por consideraciones de lugar. No tienen fronteras. Admitamos, pues, la posibilidad de esa injerencia, pero, en cuanto concierne a la legitimidad de esa introducción, ella está inexorablemente condicionada por la tradición: pues ahí donde esta es negada y declarada en falencia, el trabajo del espíritu se detiene y se oblitera en virtud de la ausencia de la memoria que es de su esencia. Nada se crea ex nihilo”.

En cuanto a la identidad nacional, ella se ha formado sobre la base del legado heroico y místico del alma castellana, aunque este misticismo, como señala Montenegro, “asumía para él un carácter más moral que teológico”, ya que no surgía de ninguna metafísica y se traducía en la realidad histórica como un ascetismo de signo senequista y en “un hambre de eternidad”. La existencia real de esta forma de ser de la vida

española (o más específicamente, castellana), contemporáneamente puesta de relieve por Unamuno, ha sido constatada por más de un estudioso no católico –por Pierre Vilar o Gabriel Jackson, por ejemplo–. Señalemos que otro gran pedagogo y publicista cordobés, tan olvidado como Taborda, el Dr. Antonio Sobral, compartía con algunos matices diferenciales, la visión tabordiana de esta problemática, según lo pone de relieve Bernardino Calvo en su libro sobre el educador villamariense.

Esta versión hispanon criolla de nuestra identidad dada por el autor de las “Investigaciones Pedagógicas”, hombre de estirpe ibérica, explica la aprehensión experimentada ante el cosmopolitismo finisecular que expresa a través del personaje principal de su novela “Julián Vargas” (1914), quien se duele de “la raza patriarcal y argentina, batiéndose en retirada ante el avance incontenible y arrollador de la ambición europea” y se pregunta si el solar cordobés del que proviene “se mantendrá indemne a la miasma extranjera” o habría ya sucumbido a ella como Buenos Aires. Esa inquietud –que la afluencia masiva de la inmigración europea mediterránea, además de árabe y judía, había despertado ya en autores como el Manuel Gálvez de “Blasón de Plata” o el Ricardo Rojas de “La Restauración Nacionalista”– da a las reflexiones de Saúl Taborda sobre este tema un distanciamiento carente de simpatía evidenciado en sus apreciaciones críticas sobre el “problema” de la inmigración de chinos y japoneses en el Perú; el “problema” que le ha creado la de los alemanes al Brasil; y el que los galeses del Chubut, los judíos de Entre Ríos y los árabes y turcos ambulantes de todos lados han supuestamente creado en la Argentina.

Digamos sin embargo que esta aprehensión sobre el destino de “la raza”, de “la estirpe”, como gusta adjetivar; este temor por “el peligro que entraña para el idioma” la carencia de una adecuada orientación en materia inmigratoria no se traduce

ideológicamente en Taborda –como sí lo hacía en Ramiro de Maeztu, Carlos Ibarguren o Font Ezcurra, por ejemplo– en una actitud política retrógrada. Por el contrario, en él la recuperación del legado español iba ligada indisolublemente (como en Deodoro Roca, Sobral y Del Mazo, todos hombres también de la Reforma) a un sentido de libertad, de democracia y de emancipación humana y nacional. Saúl Taborda no era de aquellos que “condenaban al liberalismo agonizante en nombre del feudalismo sepultado”, según decía gráficamente Jorge Abelardo Ramos. Él rechazaba esta posición y reivindicaba lo mejor de la herencia castellana: la Democracia medieval de Castilla de la Reconquista, basada en la colonización armada de la meseta castellanoleonesa –la “presura”–, hecha por los libres campesinos que solo se asentaron en ella para enfrentar al Islam cuando las Cartas Pueblas y los Fueros le aseguraron su independencia como productor y como ciudadano. Y cita, concordando con ella, esta afirmación del gran medievalista español republicano Claudio Sánchez Albornoz:

[...] en los siglos XII y XIV Castilla fue el pueblo más libre de Europa. Por entonces las Cortes castellanas fueron el único parlamento medieval europeo dominado por el estado llano –según lo demuestra no un español sino Poskorsky– y los municipios y ciudades castellanas gozaron de mayores privilegios y libertades que el conjunto de sus similares de Occidente.

Serían estas libres comunidades hispánicas, reproducidas en América por la colonización española, como dijimos, las que tendría presente Taborda al elaborar su teoría del “Comunalismo Federalista” y el “facundismo”.

En realidad, había bastante de idealización en esa recreación que Taborda hace de las condiciones de la época colonial,

porque la verdad es que, con excepción de algunos pocos casos (como el de Asunción que perduró más tiempo), el grueso de las ciudades americanas cayó rápidamente bajo el control de una minoría oligárquica de comerciantes, encomenderos y hacendados. Y eso sin contar el hecho de que, en el mejor de los casos, la vida democrática quedaba reservada a los colonizadores y sus descendientes, con exclusión total de la masa de indios y mestizos como una democracia griega al uso. De todas maneras, no interesa tanto el fundamento más o menos mítico que Taborda encuentra en la Colonia, sino el programa revolucionario y democrático que extrae de él.

Traducido a un plano de mayor universalidad antropológica, ese libre campesino de la España medieval aparecía en las reflexiones tabordianas como el “hombre precapitalista”, prototipo humano al que concebía adornado de las virtudes que el advenimiento del orden capitalista abrogó. Esta categoría del pensamiento de Taborda, esta alegoría del hombre total al que como pensador y como educador aspiraba, ha merecido la crítica equivocada de Hugo Biagini, como veremos.

Finalmente: Saúl Taborda, como reconoce expresamente Santiago Monserrat en el Prólogo a las “Investigaciones Pedagógicas”, “elaboró una doctrina política argentina” y creó el FANOE que, aunque no era estrictamente un organismo político, pues estaba orientado a influir en la vida cultural y cívica del país. Julio V. González, por su parte, en parecida línea de acción, intentó organizar el “Partido Reformista Nacional”. Ambos reformistas fracasaron en sus propósitos, a diferencia de Víctor Raúl Haya de la Torre, quien en Perú logró construir un poderoso movimiento político antiimperialista, democrático y nacional.

¿A qué se debieron estos destinos tan dispares entre los reformistas argentinos –incluyendo a Taborda– y peruanos? En parte, al carácter utópico del pensamiento reformista

tabordiano, su “comunalismo federalista”, pero solo en parte, porque otras ideas utópicas, como las del anarquismo o las del socialismo sedicentemente científico, pudieron concretarse organizativamente en mayor o menor medida y persistir por décadas. Creemos que la explicación fundamental radica en la precocidad del desarrollo económico y social de la Argentina en relación al del antiguo imperio incaico y al resto de Latinoamérica, salvo el Uruguay. Efectivamente, por causas que no viene al caso analizar ahora, en ambas orillas del Plata surgió tempranamente una vasta clase media ligada al desarrollo del capitalismo agrario dependiente, clase que reclamó su lugar bajo el sol ya en el deslinde de los dos siglos, conmoviendo a las oligarquías gobernantes. Sus instrumentos políticos respectivos fueron, en la Banda Oriental el movimiento colorado batllista, y en nuestro país la Unión Cívica Radical, ambos partidos democráticos y reformistas. Cuando se produjo la Reforma Universitaria, el batllismo oriental y el radicalismo argentino estaban ya consolidados como partidos de las grandes mayorías populares con eje en la pequeño burguesía, de manera que el pensamiento reformista no pudo extenderse sobre la sociedad como una ideología hegemónica, puesto que su lugar político ya estaba ocupado por otro, si no idéntico, análogo sistema de ideas. Las concepciones de la Reforma Universitaria debieron cubrir entonces una parcela limitada del pensamiento nacional: aquella propia del ámbito universitario, tal como lo comprendieron en nuestro país Gabriel del Mazo, Enrique Barros, Amadeo Sabattini, Antonio Sobral o Santiago H. Del Castillo, que no trataron de crear organizaciones políticas reformistas separadas, sino que militaron en el yrigoyenismo. En el Perú, en cambio, la morosidad y la mezquindad del desarrollo capitalista determinaron que, al penetrar allí la Reforma Universitaria, las novísimas clases medias recién comenzaban a desplegar sus aspiraciones propias y no

contaban aún con un partido suyo. Víctor Raúl Haya de la Torre se los proporcionó fundado en las ideas que se habían lanzado en 1918 desde esta Córdoba rebelde por obra, sobre todo, de Deodoro Roca y de Saúl Taborda.

Interpretaciones y recriminaciones

La evolución del pensador unquillense hacia posiciones que amalgamaban, en armoniosa síntesis, elementos de la cultura hispano criolla con las posiciones del nacionalismo, el ideario reformista y matices de la ideología anarquista, descoloca a los “clasificadores” de ideas. Había quienes, sumergidos en la disyuntiva maniquea de “Democracia o Fascismo”, no atinaban sino a descomponer la unidad del pensamiento de Taborda y rechazando sus aspectos nacionales y antiimperialistas (para un liberal o un pseudo-progresista toda posición nacional es siempre sospechada de “nazi”), lo expulsaban del panteón democrático y lo empujaban al campo adversario. Tal posición expresa del publicista liberal y excomunista José P. Barreiro, quien recrimina al hombre de Unquillo el haber dado un “salto mortal hacia las regiones del corporativismo y de la política de fuerza “por sus tesis “facúndicas”. Veinte años después, en un largo artículo de la revista “Sagitario”, insistirá en sus recriminaciones a Taborda porque “reniega del ciclo plasmado por los hombres del 53 [...], vigoriza con sus aportes las corrientes del revisionismo, aumenta la confusión ideológica del instante e infiere, con su posición insólita, un terrible daño a la intangibilidad de nuestras mejores concepciones históricas”. ¡En 1955, todavía, la versión mitrista de la historia era intocable para los sumos sacerdotes del liberalismo criollo! Tácitamente, también lo expulsa de ese Olimpo que habitan los “democráticos” la ensayista cordobesa Silvia Roitenburd,